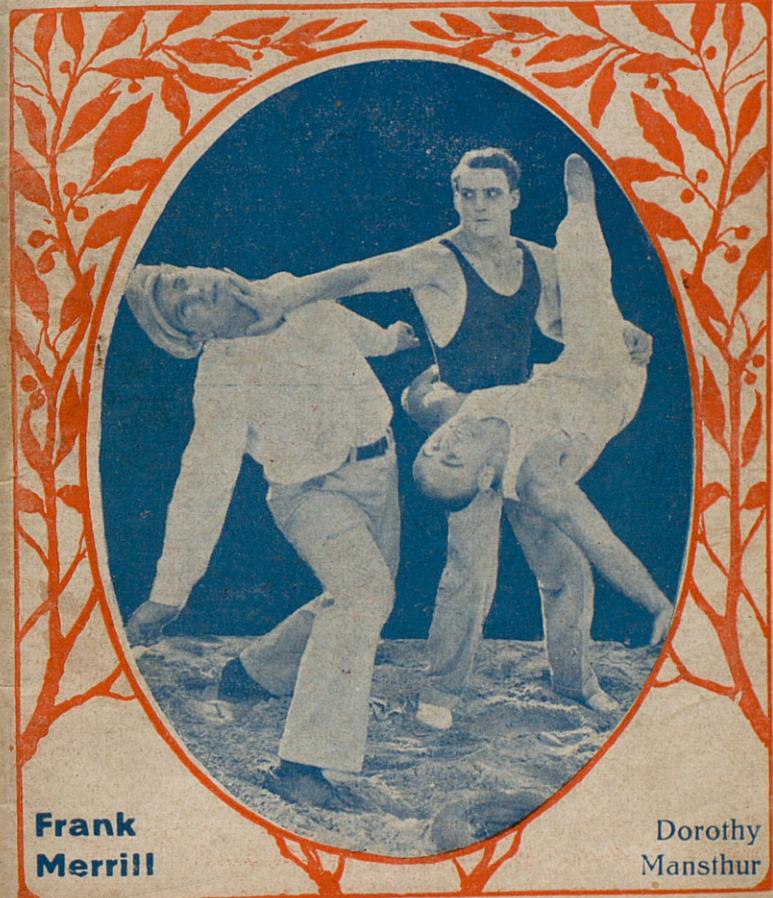


Biblioteca-Films

N.^o
222 **El Rey del Knock-Out** 25
CTS



BIBLIOTECA FILMS

"TÍTULO DE LA SUPREMACÍA"

Redacción, Administración y Talleres:
Calle Valencia, 234 - Apartado 707

Centro de Reparto de Suscripciones: Barbará, 15

BARCELONA

AÑO V APARECE LOS MARTES
Núm. 222

REVISADA POR LA PREVIA CENSURA

CUPID'S KNOCK-OUT
El Rey del Konok-Out 1925

Emocionante novela de sport y luchas
por el célebre púgil

FRANK MERRILL
y la bella

DOROTHY MANSTHUR

E X C L U S I V A S

Federico Trian, S. en C.

Consejo de Ciento, 261 - Barcelona

REPARTO

Fernando Gipson **FRANK MERRILL**
Susana Hibbard Dorothy Mansthor

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

PRIMERA PARTE

Durante los meses del estío, las principales familias, las de la más alta sociedad, abandonan por una temporada, sus grandes salones de la ciudad y van a buscar un poco de lenitivo para el calor agobiados en las hermosas playas del Pacífico. Allí el democrático traje de baño suprime las barreras sociales y establece frente al mar el reino de la igualdad. No existen ricos, ni pobres... Belleza y fealdad, he aquí la única diferencia que separa a unos de otros.

Durante las horas del baño, las muchachas, con sus vistosos mallots dan un tono más de colorido a las doradas arenas, caldeadas por el sol del estío, mientras que en las casetas, adosadas cerca de la orilla, las mamás hablaban de las próximas modas y los papás forjan pretéritos negocios que han de producirles unos cuantos miles más.

En una de estas aristocráticas playas fué donde nuestro joven Fernando Gipson había

ido a pasar la temporada de verano. Hacía días que había salido de las aulas de la Universidad, donde fué a estudiar la ciencia, para cambiarla ahora por la ciencia real de la vida, más dura aun que la del más rígido catedrático.

Como la mayor parte de los estudiantes, tenía su amigo predilecto, que había marchado con él. Era Filomeno Smith, su compañero inseparable de labor y de placer. También él quería leer en el libro del vivir, pero los pasajes elevados, los conceptos altos, no le interesaban, encontraban mucho más sugestivos los bajos... sobre todo si eran de chicas bonitas.

Los dos jóvenes se hallaban recostados sobre la arena de la playa, y Fernando, que se hallaba leyendo un periódico, llamó la atención de su amigo para mostrarle una fotografía que se publicaba en el mismo y le dijo:

—Mira qué muchacha tan encantadora... Así me gustaría que fuese la mujer que ha de ser mi esposa.

Filomeno tenía un concepto del matrimonio bien distinto del de su amigo. Creía que la tontería más grande que puede cometer un hombre era la de ligarse para toda la vida con una mujer, y, por lo mismo cogió el periódico que le alargaba su amigo y después de contemplar por breves momentos la foto-

grafía que publicaba, se lo devolvió, diciéndole con aire de indiferencia:

—Indudablemente es una muchacha que vale, pero no te fies, Fernando... En retratos todas son encantadoras... porque no arañan.

—Siempre has de responder con una majadería — contestó Fernando molesto, sin saber por qué, por aquellas palabras de su compañero.

—Bien, bien; tú llamas majadería a lo que es una verdad como un templo. Ya me lo dirás cuando pases varios días en esta playa y puedas ver todas las cosas que oculta... Como tú siempre andas por las nubes, no puedes ver lo que pasa por "abajo".

Fernando ni quiso hacerle caso a este nuevo razonamiento de su amigo, ni siquiera le prestó atención a sus palabras... ¿Para qué? Tendrían que meterse en una discusión, y ni de esa forma podrían llegar a un acuerdo. Dejó que Filomeno siguiera su distracción con los bajos de las muchachas, y él se quedó absorto en la contemplación de aquella figura angelical, que el azar había puesto en sus manos.

Bañada por las brisas marinas y alegrada por el rítmico canto de las olas, la mansión de los Hibbard era una de esas posesiones veraniegas en las que se ha estudiado todo

para dar a sus habitantes la mayor cantidad posible de confort y comodidades.

La propietaria de este nuevo paraíso en miniatura, era la señora Margarita Hibbard, muy pagada de su importancia social, que hacía de ella una de las primeras figuras aristocráticas de la playa de "Hingh-Lile".

No era solamente propietaria del suntuoso edificio, sino que también mandaba, como dueña absoluta en su marido, Honorio Hibbard, rico, retirado de los negocios, sin importarle un ardite su alta posición y que sería completamente feliz, si no le aplastase como una losa de plomo, la insoportable tiranía de su esposa.

Había terminado una de sus continuas discusiones, y su esposa, como siempre, se había salido con la suya y acababa de cerrar el último sobre con la invitación para la fiesta que preparaba y que decía:

"Honorio Hibnard y esposa, tienen el gusto de invitar a usted al baile de máscara que, en honor de su hija Susana, darán la noche del jueves."

—Mujer, no comprendo por qué tienes tanto empeño en presentar a nuestra hija, antes de volver a Nueva York!—insistió el señor Hibbard.

—No me extraña que no te lo expliques—

repuso su esposa agriamente, como siempre que trataba con él alguna cuestión importante—. Nunca te has dado cuenta de nada, y si no fuera por mí, seríamos casi desconocidos de la alta sociedad.

—Para la falta que nos hace, no creo que sea necesario el figurar entre ellos.

—¡Bah! ¿qué sabes tú de eso? Yo quiero presentar a nuestra hija para que David Manning, aproveche esta ocasión y pueda pedirle relaciones. Es una de las primeras figuras de la aristocracia, y estoy segura de que pretende a nuestra hija Susana.

Indudablemente, estaba en lo cierto la señora Hibbard, pero lo único que desconocía era que el tal Manning, se diferenciaba del concepto en que ella lo tenía, únicamente en que era uno de esos hombres puestos al margen de la ley, que en juegos de azar, habilidad y astucia, era afortunado, pero, sin embargo, para hacer honor al viejo refrán, completamente desgraciado en amores, sobre todo en lo que se refería a Susana.

No era de la misma opinión su esposo; pero antes que suscitar una nueva cuestión con su media naranja, dejó que prevaleciera el criterio de ésta, y salió del salón dejándola entregada al arduo trabajo de repartir las invitaciones.

Mientras tanto, David Manning hablaba con uno de sus hombres, quien le ayudaba

en todos los negocios, por muy sucios que fueran y le decía:

—Martín, te he mandado llamar para saber si has resuelto el encargo que te di.

—Puede estar usted tranquilo. Todo está listo... La policía se presentará, a la hora convenida, la noche de la fiesta.

—Perfectamente. Yo marcho a casa de los Hibbard, y tú no dejes de la mano este negocio.

—Puede usted ir tranquilo, y sabe usted que nunca me duermo en los laureles.

El plan que tenía Manning para que Susana accediese a ser su esposa y apropiarse de esta forma de la inmensa fortuna de los Hibbard, no podía estar mejor pensado. Sabía el ascendiente que tenía sobre la dueña de la casa y pensaba, seguro de que sería aceptada su proposición, proponer la noche de la fiesta de terminar ésta en el restaurant “La Taberna”, uno de los lugares más concurridos por los “pollos bien” y donde se burlaba impunemente la Ley Seca.

SEGUNDA PARTE

Al llegar a casa de los Hibbard, salió la dueña a recibirla, y le dijo, mostrándole el pesar que le causaba la mala noticia que tenía que darle.

—Susana no ha podido esperarle a usted. Han venido varias amiguitas suyas y se la han llevado, contra su voluntad, a la playa.

—Lo lamento en el alma, señora Hibbard.— respondió Manning—. Precisamente tenía que darle un recado bastante urgente, y me precisa verla lo antes posible.

Demasiado comprendía la pobre señora de qué se trataba, y sin poder disimular su emoción, repuso:

—Si no le es molesto, puede usted ir a nuestra caseta, en la seguridad de que la encontrará usted allí.

No se hizo repetir el ruego, y salió con dirección a la playa, donde no tardó en encontrar a la encantadora muchacha y rica heredera.

—Estuve en su casa, y su mamá me dijo que la encontraría a usted aquí—le dijo acercándose a ella.

Susana, a pesar de los planes de su madre, estaba dispuesta a hacerlos fracasar a toda costa, aun cuando para ello tuviera que recurrir a la violencia. La sola presencia de David enervaba sus nervios y le hacía insopportable su presencia. Ya estaba cansada de demostrárselo con sus actos y palabras, y, no obstante, parecía que él no quería darse por enterado de tales manifestaciones.

Quedó un momento la muchacha mirándole, y después de este breve silencio, le contestó irónicamente.

—Mi mamá tiene una gran penetración para todo, menos para lo que usted sabe.

—Sin darse por aludido, ante tal desprecio, David continuó, insistiendo una vez más en sus pretensiones amorosas.

—Susana, yo tengo algo que decirle...

—Va usted a decirme que ya ha elegido disfraz para la fiesta del jueves?—le preguntó en son de burla ella.

—No sea usted cruel — se quejó David, fingiendo un pesar que estaba bien lejos de sentir—. Usted sabe perfectamente lo que yo quiero decirle.

—Pues por eso mismo, no quiero que concluya—le atajó la muchacha—. Hablemos de otra cosa, David... El tema del amor resulta muy aburrido en sus labios...

Y sin querer continuar aquella conversación, que le molestaba en extremo, buscó a

una de sus amigas e hizo ademán de alejarse.

Algo más lejos del lugar donde se hallaba Susana, Fernando seguía ensimismado contemplando la fotografía que reproducía el periódico y como si hablara consigo mismo exclamó:

—¡Yo tengo que encontrar a esta muchacha! ¡No me iré de aquí hasta que la descubra!

Su amigo oyó esta exclamación y creyó oportuno darle un nuevo consejo, diciéndole:

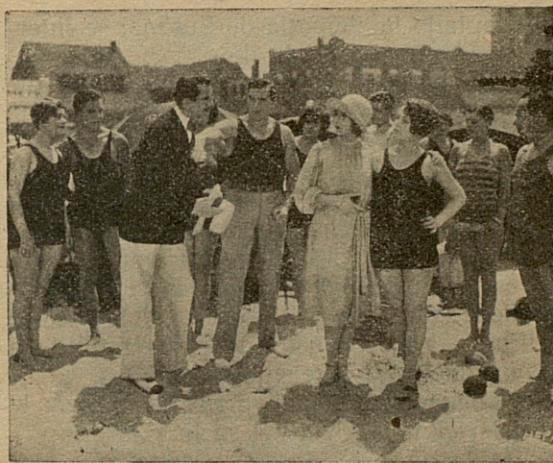
—Las mujeres son como el chaparrón, Fernando... ¿Se te ocurriría a ti ir a buscar un chaparrón?... Lo que hay que hacer, cuando se las ve venir, es echar a correr y taparse bien.

—¿De modo que lo que tú quieras decir, es que renuncie a esa muchacha... a mi felicidad?

Pero la felicidad, sin duda no quería que renunciase a ella, porque en aquel instante Susana, acompañada de su amiga y escoltada por David, que seguía suplicando, pasó por delante de ellos, y Fernando oyó decir a la muchacha.

—No insista, David. Yo no puedo hacer caso de las palabras imbéciles que se le ocurren.

Fernando, ni corto ni perezoso, se acercó a ella, y parándola, le preguntó, para poder entablar conversación:



— Usted puede marcharse cuando guste.

—Perdóneme usted, señorita. ¿Eso de imbécil lo ha dicho usted mirándome?

—Susana sonrió al ver ante ella la simpática figura del muchacho, y le dijo:

—No señor, estaba hablando con mi amigo... Ahora que ya conocerá usted el dicho, “El que se pica...”

—Le advierto que nunca he probado los ajos. Es una comida que me repugna, sobre todo en este momento.

David, bastante molesto por la presencia de aquel desconocido, que tan pronto se ha-

bía captado la simpatía de Susana, se interpuso entre ambos, y le dijo:

—Me parece que sería mucho mejor que buscásemos otro sitio, para librarnos de la presencia de ciertos importunos.

—¿Para qué movernos de aquí? Yo me encuentro muy a gusto—contestó Susana—. Usted puede marcharse cuando lo deseé.

—Dice bien la señorita—exclamó Fernando, separando suavemente a David y colocándose entre éste y Susana—. Usted puede retirarse. Ya sabe usted que una retirada a tiempo suele dar excelentes resultados.

Y cogiendo a su amigo por la cabeza, le hizo levantar la vista del suelo y le dijo:

—Tú también parece que no te hallas muy a tu gusto. Déjate de panoramas y vete a vestirte. Estás delicado de la vista y puede hacerte daño si coges un enfriamiento.

Las palabras de Fernando encerraban una oculta amenaza y David, queriendo demostrar a Susana que aquel hombre era, tal y como parecía, un chiquillo sin experiencia, le dijo:

—Le aconsejo, joven, que no se meta donde no le llamen. Estas son cosas para hombres y no para un niño como usted.

Fernando quiso demostrarle que no era tan niño como aparentaba, y que por algo en la Universidad sus compañeros le habían dado el nombre de "Rey del knockout", y, sin de-



— Una retirada a tiempo, suele dar excelentes resultados.

cir la más leve palabra, le propinó uno de sus formidables puñetazos que lo hizo rodar por la arena.

Esperó a que el otro se levantara para que se pudiera defender, pero con gran asombro suyo, vió que David, en lugar de hacerle frente, se llevaba la mano al lugar dolorido y abandonaba el campo, sin la más leve intención de responder a la agresión.

—¿Por qué ha hecho usted eso?—le preguntó Susana.

—Porque estoy seguro de que ese hombre la molestaba a usted—respondió él sencillamente.

Quedóse ella contemplándolo, y olvidando el incidente, le dijo:

—Hace mucho tiempo que está usted en esta playa?

—No, señorita, acabo de venir; pero, no obstante, tenía excelentes referencias de usted.

No sé quién pudo hablarle de mí.

—Mire usted—respondió Fernando enseñándole el periódico, que aun conservaba en la mano—. Esta fotografía me ha dicho mejor que nadie que es usted la mujer más bonita que hay en el mundo.

Y hablando de esta forma, los dos muchachos, a la media hora, eran ya los mejores amigos.

De pronto, Susana tuvo un repentino pen-

samiento y le dijo a su nuevo compañero:

—A todo esto, estamos hablando, hablando, y yo no sé quién es usted!

Fernando no quería todavía darse a conocer por su verdadera personalidad. Si conseguía el amor de aquella preciosa criatura, tenía que ser por él mismo, sin que para nada influyera su nombre, y, por lo mismo, le contestó:

—Desde luego, no soy de su clase, señorita... Yo reparto leche a domicilio todas las noches.

—Es extraño que un repartidor de leche se dispense el lujo de poder venir a la playa por la mañana—contestó Susana, que no creyó lo que acababa de decirle su casual acompañante.

—Y, sin embargo, es así—afirmó él.

Las demás amigas, al saber la profesión de aquel muchacho, hicieron ademán de alejarse, y Fernando que lo notó, lo dijo a Susana:

—Se ha fijado usted en sus amiguitas? Parece que no tienen muchas ganas de que yo las acompañe.

—No les haga usted caso. Tienen la aristocracia metida en la cabeza. Yo, en cambio, soy como papá, muy sencilla, y para demostrarlo, lo invito a la fiesta que pensamos dar el jueves por la noche—contestó la muchacha.

TERCERA PARTE

Llegó el jueves por la noche y en los salones de los Hibbard triunfaba la alegre mascarada, cuando se presentó Fernando vestido de repartidor de leche.

Algunas de las muchachas que lo conocían de la playa, al verlo entrar se adelantaron hacia él y le dijeron burlonamente:

—Viene usted admirablemente disfrazado. Cualquiera diría que es el traje que suele usar a diario.

—No es extraño que lo dijese—repuso tranquilamente Fernando—. Este es el traje que llevo todos los días, y por eso he venido con él. La señorita Susana me ha invitado y he pensado que sería muy poco galante no aceptando una invitación tan amable como la suya.

—Hace usted muy bien—exclamó el padre de la muchacha, que acababa de acercarse al grupo—. Los trajes de obreros son los únicos que debían de estar de etiqueta, por ser los que más significan.

Aquella declaración del señor Hibbard fué suficiente para que Fernando sintiera por él,



—Déjate de panoramas.

desde aquel momento, una verdadera simpatía.

No obstante, se alejó, para ver dónde estaba Susana; pero por más que hizo, no la encontró por todo el salón.

Esta, mientras tanto, había salido a la terraza con su madre, y la pobre señora que estaba compungidísima con la ausencia de Manning a la fiesta, no pudo reprimir por más tiempo su nerviosidad, y le dijo a su hija:

—Es extraño que no haya venido todavía el señor Manning.

—Así tendremos la fiesta completa—contestó Susana.

Su madre quedó en suspenso ante tal contestación, y exclamó, reprimiéndola:

—Parece mentira, Susana, que no te hayas dado cuenta todavía de que el señor Manning está enamorado de ti. Además, es un partido que te conviene. Ten presente que es uno de los hombres más aristócratas que hay en Hingh-Lile.

—Todo eso me importa poco, mamá. Cuando yo me case, ha de ser con un hombre que me guste, sea o no aristócrata.

Como si Manning hubiera sido un eco a las palabras de la señora Hibbard, apareció la figura de aquél en el fondo del jardín.

—¡Por fin le veo allí!—exclamó la dueña de la casa. Y salió a recibirlle.

No había hecho más que abandonar a Susana, cuando apareció Fernando que las había visto, y le dijo:

—Ya ve usted como no he faltado a la palabra que le di de venir a su fiesta.

Susana, al verlo vestido de aquel modo, se echó a reír a más no poder, y exclamó:

—Supongo que su disfraz, puesto que así lo habrán creído, habrá llamado la atención de nuestros invitados.

—Así ha sido en efecto. Aunque muchas de sus amigas me han reconocido, y creo que lo más prudente es que me retire.

—¡Así lo creo yo también!—repuso la voz de Manning, que había oído las últimas palabras.

—¿No sabe usted que esta señorita está prometida?

—Lo ignoraba; pero, no obstante, no me marcharé sin que ella lo ordene antes—contestó secamente Fernando.

—Sin duda, joven, usted no sabe quién soy yo. ¡Si me busca usted el genio, lo tiro de cabeza al jardín!—exclamó Manning alardeando de un valor que nunca había sentido.

—Tampoco usted me lo ha visto a mí, y no me busque el genio, como usted dice, porque puede ser que no se encuentre usted ni las narices.

Ante aquella respuesta, quiso Manning aprovechar la circunstancia de que estaba en casa de la señora de Hibbard y de que cualquier incorrección se la achacarían al muchacho, e hizo ademán de abalanzarse sobre él. Pero éste, de un fuerte puñetazo, arrojó a su rival dentro del salón, en medio de todos los demás invitados, que acudieron a ver qué era lo que ocurría.

David pretendió nuevamente hacerle frente; pero otro nuevo directo del joven atleta, lo hizo rodar por segunda vez.

Acudió el propio señor Hibbard y procuró calmar los ánimos diciendo:

—Señores, les prevengo a ustedes que no es éste el sitio más a propósito para un combate de boxeo. Parece mentira de que entre caballeros ocurran cosas tan desagradables como ésta.

Los dos rivales estaban aún en actitud de volverse a acometer, y el dueño de la casa para evitar un segundo escándalo, trató de cambiar el rumbo de los hechos, por lo menos ante los ojos de sus invitados, y les dijo:

—Estoy seguro que esto habrá sido quizá una broma de máscara, y por lo mismo espero que se estrecharán ustedes ahora las manos, para que estos señores vean que ha sido así en efecto.

—No tengo ningún inconveniente en hacerlo—exclamó Fernando, para congratularse a los ojos de Hibbard.

Manning comprendió la intención de su adversario, y para demostrar que él era el menos ofendido, propuso, con arreglo al plan que tenía preparado, y que nunca como en aquella ocasión podría ser mejor aceptado.

—Es verdad lo que dice el señor Hibbard, y para demostrárselo, propongo que nos vayamos todos a cenar al restaurant "La Taberna".

Un aplauso cerrado acogió las palabras de Manning, y poco después los coches que ha-



En el restaurant, la alegría estaba en su mayor apogeo.

bían parados en la puerta de la suntuosa mansión de los Hibbard, conducían a sus invitados al famoso restaurant, donde Manning pensaba dar el golpe definitivo que lo dejase en situación de obtener la mano de Susana.

Antes de salir se acercó a un individuo que procuraba pasar disimulado entre los demás, y le dijo:

—Cuando todos los invitados estén en el restaurant, acude con la policía y el escándalo será mayúsculo.

—La policía está preparada y sólo espera las órdenes para entrar—contestó el otro—. Pero yo creo que mientras esté con ellos ese mequetrefe que no se separa del lado de Susana, no haremos nada.

—No te importe. Tú haz lo que yo te digo, que ya veremos si me las paga todas de una vez.

No haga el ridículo en sociedad
¿Quiere usted aprender a bailar?

Adquiera hoy mismo nuestros métodos prácticos y sencillos de

Charleston y Black Bottom

25 céntimos cada método

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona

Rogamos nos remitan cinco céntimos para el certificado

CUARTA PARTE

En el restaurant "La Taberna" la alegría estaba en su mayor apogeo, cuando se acercó a Fernando su inseparable amigo y le dijo:

—Ten cuidado con lo que pasa, porque he oído decir a un sujeto bastante sospechoso, que hablaba con Manning, que todo está preparado para dar el golpe.

—Sí, ya sé de lo que se trata. Me lo ha dicho mi padre. Ese Manning y su gente preparan una sorpresa a los señores Hibbard, pero yo he acudido a tiempo para evitarla.

Hasta ahora hemos hablado de Fernando, sin dar a conocer quién era su padre, y nuestros lectores se habrán quedado extrañados al ver que el joven estaba al tanto de todo lo que pensaba Manning. El padre del muchacho, era nada menos que el Gobernador, y, por lo tanto, conociendo a la familia Hibbard, y sabiendo lo enamorado que estaba su hijo, lo puso al corriente de lo que se trataba contra ellos. Dió a la policía las órdenes necesarias para que fingieran no saber nada y que siguieran las instrucciones de la

gente de Manning, hasta que llegase el momento oportuno.

Mientras que todos los invitados se divertían a más no poder, Manning, que no se fiaba mucho de su gente, fué a la casa donde solían reunirse y le dijo al encargado de todo aquel jaleo:

—He venido a saber si falta algún detalle. Los invitados se hallan ahora en el restaurant, y ya le he dicho a Pedro que cuando tú llegues saque los licores con el fin de que la policía los coja con las manos en la masa.

—¿Usted no estará con ellos? —preguntó el cómplice.

—Desde luego —repuso Manning—; pero como ya he comprado al jefe de los agentes, éste soltará a la familia Hibbard, yo apareceré como el salvador, y de este modo el mequetrefe que le hace el amor a Susana, quedará en un papel bastante desairado.

Y sin detenerse un momento, salió en dirección del restaurant, acompañado de su compinche, que acababa de dar la orden a la policía para que fuese a la puerta del restaurant.



— No es necesario que se moleste usted.

QUINTA PARTE

No había hecho más que entrar Manning y su acompañante, cuando éste le hizo una seña al dueño del establecimiento, quien disimuladamente fué poniendo en las mesas botellas de licores.

Fernando lo veía maniobrar y se acercó al lado de Susana para decirle:

—Espero darla dentro de unos momentos una gran sorpresa, aunque pienso que será mucho mayor la que reciba su señora mamá.

—¿Y no puede saberse qué es? —preguntó la muchacha con esa curiosidad tan propia del sexo débil.

—Es un secreto muy importante que hasta que no llegue la hora no puede decirse. A lo mejor fracasa, y quedaría yo en ridículo.

—Usted sabe, Fernando—declaró la joven sinceramente—, que nunca quedará usted ante mí en ridículo. Desde que lo vi, sentí por usted una gran simpatía, y creo que no podrá usted tener queja de que no se la haya demostrado.

—Por eso mismo, es necesario que esperemos un momento más, y ya verá como yo he sabido corresponder del mismo modo.

—Más vale así, porque hasta ahora me ha demostrado usted todo lo contrario—repuso Susana—. Y si no, ¿porqué no me quiere usted decir quién es? ¿Cree usted que yo voy a creer, como todos los demás, que es un simple repartidor de leche?

—Tiene usted razón, Susana... Yo no he querido descubrirle mi verdadero nombre hasta saber que...

Iba el joven a decirle todo lo que su corazón sentía por ella; pero en aquel momento un gran alboroto llamó la atención de ellos, y Fernando le dijo:

—Me parece que ha llegado el momento de hablar claro.

En efecto, la policía había entrado en el restaurant y sorprendido a todos los presentes, faltando a la Ley Seca.

—Señor Oficial—dijo Manning—, yo le respondo de los señores Hibbard, y, por lo tanto, le ruego que los deje usted en libertad para evitar un escándalo innecesario.

Antes de que el policía tuviera tiempo de contestar, se interpuso Fernando, exclamando:

—No es necesario que se moleste usted, señor Manning. Aquí el único que irá detenido para saldar algunas cuentas que tiene pendientes con la Ley, será usted.

Y antes que él llevara a efecto la intención que tenía de escabullirse, al verse descubier-

to, los agentes cayeron sobre él y le amarraron fuertemente.

—¡Cojan también al dueño del establecimiento, que es uno de sus cómplices! —gritó Fernando.

Susana presenciaba toda esta escena, sin saber qué partido tomar, y su padre, acercándose a Fernando, le preguntó:

—¿Pero no había dicho usted que era un simple repartidor de leche?

—Sí, señor; pero eso no quita para que sea también hijo del Gobernador y para que haya hecho fracasar el plan que había proyectado ese miserable, para apoderarse de su dinero, casándose con Susana.

—Lo ves? — exclamó el señor Hibbard dirigiéndose a su esposa —. ¡Esas son tus manías de grandezas, lo que ha estado a punto de meternos en un lío fenomenal.

La pobre señora no sabía qué partido tomar, y su esposo, acercándose a Fernando le estrechó fuertemente la mano a la vez que le decía:

—Joven, nunca podré pagarle el favor que acaba usted de hacerme.

—Se equivoca usted, señor Hibbard, si usted quiere, ahora mismo puede saldar esa cuenta, ofreciéndome la mano de su hija, si ella no tiene inconveniente.

—Por mí parte, encantado.

—¿Y por usted, Susana? —le preguntó a la muchacha.

Por toda contestación, le tendió sus manecitas de muñeca, y Fernando, reteniéndolas, entre las suyas, leyó en los divinos ojos de la encantadora muchacha toda la inmensa felicidad que había soñado su alma de enamorado.

FIN

Siguen los acontecimientos en
BIBLIOTECA FILMS

En sus próximos números publicará

Gran tute de caballistas

Tom Mix

Amor de redención

Hoot Gibson

EL RAYO TEJANO

Art Acord

SUERTE LOCA

Charles Jones

Cumbres del peligro

La mejor colección de novelas americanas, solamente la puede ofrecer **BIBLIOTECA FILMS**

Pida catálogo a Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona

GRAN SELECCIÓN DE Biblioteca Films

50 céntimos

TÍTULO	PROTAGONISTA
La Rosa de Flandes	R. Meller
La Brecha del Infierno	C. Vernades
Koenigsmark	J. Catelain
En las ruinas de Reims	Frank Mayo
Los dos pilletes	J. Forest-L. Shaw
Como D. Juan de Serrallonga...	Fay Compton
Conciencia contra ley	M. Vargoni
El lobo de París	H. Baudin
El Abuelo	M. Ribas
El bien perdido	Alice Joyce
La madre de todos	Mary Carr
Ronda de noche	R. Meller
El último correo	Vera Reynolds
Ropa Vieja	Chiquilín
La prueba del fuego	Ronald Coman
Varieté o Aguilas humanas	Lya de Putti
Una gran señora	N. Talmadge
Los hijos del trabajo	J. Nieto
Metrópolis	B. Helm
Bodas sangrientas	M. Jacobini

SOLICITAMOS CORRESPONSALES

ENVIAMOS CATÁLOGOS GRATIS

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.

Biblioteca Films-Apartado 707, Barcelona

Coleccione Ud. la Selección de FIMS DE AMOR

50 céntimos

TÍTULO	PROTAGONISTA
El templo de Venus	M. Philbin
La tierra prometida	R. Meller
Sacrificio	Fay Compton
Las garras de la duda	Leda Gis
Ruperto de Hentzau	Lew Cody
El tren de la muerte	Cayena
La esposa comprada	Alice Terry
El juramento de Lagardére	G. Jacquet
Buda, el Profeta de Asia	Himansu Rai
La princesa que amaba al amor.	A. Manzini
La hija del Brigadier	Nora Gregor
La fiera del mar	J. Barrimore
La mujer que supo amar	Doris Kenyon
Fausto	E. Jannings
La que no sabía amar	A. Moreno
Una aventura de Luis Candelas.	M. Soriano
Cuando los hombres aman	F. Dhelie
El caballero de la rosa	J. Catelain
Los cadetes del Czar	Irene Rich
Los amores de Manón	Dolores Costello

SOLICITAMOS CORRESPONSALES

ENVIAMOS CATÁLOGOS GRATIS

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.

Biblioteca Films-Apartado 707, Barcelona

EDICIONES "BIBLIOTECA FILMS"

Las mil y una noches

LA OBRA
DESEADA

Pida en seguida los primeros cuadernos

*Ali-Babá
y los cuarenta ladrones*

En un solo cuaderno

*Aladino
o
la lámpara maravillosa*

En dos cuadernos

*Historia
del caballo encantado*

En un solo cuaderno

30 cts.
cuaderno

Si no los encuentra en su localidad, pídalos hoy mismo, remitiendo su importe en sellos de Correo, y 5 cts. para el certificado a
Biblioteca Films, Apartado, 707 - Barcelona

36
757
LOS GRANDES EXITOS DE
BIBLIOTECA FILMS

Ben-Hur

Novela del mayor interés y palpitante
emoción que todos leerán, interpre-
tada por el coloso artista del cinema

Ramón Novarro

PRECIO POPULAR: 50 CENTIMOS

• • •

Jaque a la Reina

Inspirada novela, llena de intriga y
sentimental argumentación, editada en

Grandes Novelas
de la Pantalla

Precio del volumen: 1'50 PESETAS

Si no las encuentra en su localidad, pídalas hoy mismo, remitiendo
su importe en sellos de Correos, y cinco cts. para el certificado a
Biblioteca Films, Apartado 707, Barcelona